

ministrándola á sus súbditos con la amabilidad de la mas cariñosa madre, y con la rectitud del mas severo juez; ó que acababa de visitar un convento de religiosas, y de enseñar á las monjas con su ejemplo á manejar la rueca y la aguja, escitándolas á abandonar la soltura de costumbres y cambiarla por la honesta ocupacion de las labores femeniles, entonçes al entusiasmo del soldado se une el asombro del hombre pensador.

No privemos por esto á Fernando de la gloria que le pertenece como al primer capitán en la guerra y conquista de Granada: ni tampoco á los demas caudillos que con tanto heroísmo en ella se condujeron. Comportáronse todos como bravos campeones: el rey llenó dignamente su primer puesto, y Dios protegió á los defensores de su fé. Por eso dijimos en otro lugar que á esta grande obra de religion, de independenciam y de unidad, cooperaron Dios, la naturaleza y los hombres.

### III.

¡Cosa maravillosa! Apenas España ve coronada la obra de sus constantes afanes de ocho siglos, apenas logra expulsar de su territorio los últimos restos de los dominadores de Oriente y de Mediodía, apenas ha lanzado de su suelo á los tenaces enemigos

de su libertad y de su fé, cuando la Providencia por medio de un hombre le depara, como en galardón de tanta perseverancia y de tanto heroísmo, la posesion de un mundo entero! Este acontecimiento, el mayor que han presenciado los siglos, merece algunas observaciones que en nuestra narración no hemos podido hacer.

Una inmensa porcion de la gran familia humana vivia separada de otra gran porcion del género humano. La una no sabia la existencia de la otra, se ignoraban y desconocian mutuamente, y sin embargo estaban destinadas á conocerse, á comunicarse, á formar una asociacion general de familia, porque una y otra eran la obra de Dios, y Dios es la unidad, porque la unidad es la perfeccion, y la humanidad tenia que ser una, porque uno es también el fin de la creacion. Pues bien, el siglo XV. fué el destinado por Dios para dar esta unidad á hombres que vivian en apartados hemisferios del globo, no imaginándose unos y otros que hubiera mas mundo que el que cada porcion habitaba espontáneamente. ¿Por qué estuvieron en esta ignorancia y en esta incomunicacion tantos y tantos siglos? Misterio es este que se esconde á los humanos entendimientos; y no es extraño; porque menos difícil parecia averiguar cómo teniendo todos los hombres un mismo origen se habian segregado, y en qué época, y de qué manera las razas pobladoras de los dos mundos, y sin embargo á pe-

sar de tantas y tan esquisitas investigaciones geológicas, históricas y filosóficas, aun no se ha logrado sacar este punto de la esfera de las verdades desconocidas, aun no se cuenta en el número de los hechos incuestionables.

Es cierto que el siglo XV. fué destinado para que se hiciera en él el descubrimiento de ese mundo que impropiamente se llamó nuevo, solo porque hasta entonces no se habia conocido. Los hombres de aquel siglo se hallaban preparados para este grande acontecimiento sin saberlo ellos mismos. Sentíase una general tendencia á descubrir nuevas regiones; un instinto secreto inclinaba á los hombres á inventar y entender las relaciones y los medios de comunicacion; el espíritu público parecia como empujado por una fuerza misteriosa hácia los adelantos industriales y mercantiles; habia hecho grandes progresos la náutica: se habian descubierto la brújula y la imprenta. ¿Para qué eran estos dos poderosos elementos, capaces por sí solos de transmitir los conocimientos humanos y derramarlos por los pueblos mas apartados del globo? Los hombres de aquel tiempo no lo sabian. Lo sabia solamente el que prepara secreta é insensiblemente la humanidad cuando quiere obrar una gran trasformacion en el mundo por medio de los hombres mismos.

Pero hubo uno entre ellos, ingenio privilegiado, que alcanzó mas que todos, y que á través de las nie-

blas en que se envolvian todavía los conocimientos geográficos, á favor de un destello de su claro entendimiento que se asemejaba á la luz de la revelacion, comprendió la posibilidad de atravesar los mares de Occidente, y de poner en comunicacion el mundo conocido con el desconocido. Hombre de ciencia y de fé, de creencias y de convicciones, de religion y de cálculo, estudia á Dios en la naturaleza, levanta el pensamiento al cielo y penetra en los misterios de la tierra, medita en la obra de la creacion, y trazando mapas con su mano descubre que falta conocer la mitad del globo terrestre. Convencido mas cada dia de la posibilidad del descubrimiento, fija y constante años y años en esta idea, trató de realizarla; pero necesitaba de recursos y se encontró pobre; sacó su idea al mercado público, ofreciendo la posesion de inmensos reinos al que le diera algunas naves y le prestára algunos escudos; pero los ignorantes no le comprendieron y le despreciaron, los príncipes le tomaron por un engañador y le cerraron sus oidos y sus arcas, los llamados sabios dijeron que deliraba y se burlaron, y el hombre de genio no se desalentó, porque tenia fé en Dios y en su ciencia, aunque faltaran fé y ciencia á los demas hombres.

Nada permite Dios sin algun fin; y fué necesario que Colón encontrara sordos á los soberanos á quienes propuso su pensamiento, para que una secreta inspiracion le moviera á acudir á la única potestad

de la tierra capaz de comprenderle; y fué conveniente que el mundo supiera que el cosmógrafo genovés había implorado en vano la proteccion de otros monarcas, para que resaltára mas la acogida que había de encontrar en la reina de Castilla.

Si el que había concebido una empresa al parecer temeraria por lo inmensa é inverosímil por lo grandiosa, necesitaba de fé y de corazon, ¿quién podía creer y proteger al autor, y aceptar y prohijar su designio, sino quien tuviera tanta fé como él y tan gran corazon como él, y tan grande alma como él? Cristóbal Colon necesitaba una Isabel de Castilla, y solo Isabel de Castilla merecia un Cristóbal Colon. Los genios se necesitaron, se merecieron y se encontraron.

Es imposible dejar de ver en la venida de Colon á Castilla algo mas que el viage de un aventurero. Un navegante de profesion caminando á pie por la tierra sin otro equipage que las sandalias del apóstol y el báculo del peregrino, con unas cartas geográficas debajo del brazo, seguramente debió parecer ó un mentecato ó un profeta. El que iba á hacer el presente de un mundo entero tuvo que pedir un pan de caridad para sí y para su hijo á la portería de una solitaria casa religiosa, porque quien había de enviar flotas de oro y plata de las regiones que pensaban descubrir no llevaba en su bolsa un solo escudo. Y sin embargo, pobre y extranjero como era, halló en

aquella misma casa protectores generosos: la religion vino en auxilio del genio, y Colon, vencidas algunas dificultades, fué presentado á la reina Isabel.... ¡Momento solemne aquel en que por primera vez se pusieron en contacto los dos genios!

No era de esperar que Isabel comprendiera las razones científicas en que Colon apoyaba su teoría, y con que desenvolvía su sistema: pero el talento y la penetracion que se revelaba en la fisonomía del hombre, el fuego y la elocuencia con que se espresaba, la fé ardiente que se descubria en su corazon, la conviccion de que se mostraba poseido, y algo de simpático que hay siempre entre las grandes almas, todo cooperó á que la reina viera en el humilde extranjero al hombre inspirado, y tal vez al instrumento de la Divinidad para la ejecucion de una grande obra. Si entonces no adoptó todavía de lleno su proyecto, le acogió al menos con benevolencia. Isabel nunca tuvo á Colon por un estravagante ó un iluso, y el marino genovés había encontrado quien por lo menos no le menospreciara. ¿Estrañaremos que tuviera que ejercitar todavía su paciencia por espacio de ocho años, alternando entre dificultades, obstáculos, consultas, dilaciones, zozobras, negativas y esperanzas? Nunca una gran verdad ha triunfado en el mundo de repente; y ademas la ocasion en que Colon había venido á Castilla no era la mas oportuna para la realizacion de sus planes. ¿Pero fueron perdidos

estos ocho años? En este intervalo Colon recibió consideraciones y favores de los reyes de España, entró á su servicio, contrajo relaciones y amistades útiles, halló á quien consagrar su corazon y sus mas íntimas afecciones, su segundo hijo nació en Castilla, y al cabo de ocho años Colon habia dejado de ser extranjero en España, y el genovés se habia hecho castellano.

Este fué el momento en que Isabel prohibió de lleno la empresa de Colon; entonces fué cuando pronunció aquellas memorables palabras: «Yo tomaré esta empresa á cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no alcanzare, empeñaré mis alhajas para ocurrir á sus gastos.» Palabras sublimes que no hubiera podido pronunciar cuando tenia sus joyas empeñadas para los gastos de la guerra de los moros. Entonces fué cuando le dijo: «Anda y descubre esas regiones desconocidas, y lleva el cristianismo civilizador del otro lado de los mares, y difunde la fé divina entre los desgraciados habitantes de esa parte ignorada del universo.» Palabras grandiosas que Isabel no habia podido proferir hasta asegurar el triunfo del cristianismo en España, y hasta arrojar á los infieles de sus naturales y hereditarios dominios.

Adoptada y protegida la empresa por Isabel, pronto iba á saberse si el proyectista era en efecto un visionario digno de lástima, ó si era el mas sabio y el mas calculista de los hombres. Seguido de un puñado de atrevidos aventureros, el náutico genovés se lan-

za en tres frágiles leños por los desconocidos mares de Occidente. «¡Pobre temerario!» quedaban diciendo España y Europa. Y Colon, lleno de fé en su Dios y en su ciencia, en sus mapas y en su brújula, no decia mas que: «¡adelante!» España y Europa suponian, pero ignoraban sus peligros y trabajos, sus conflictos y penalidades. ¿Qué habrá sido del pobre aventurero?

Trascurridos algunos meses, volvió el aventurero á España á dar la respuesta. Nada necesitó decir. La respuesta la daban por él los habitantes y los objetos que consigo traia de las regiones transatlánticas en que nadie habia creído. El testimonio no admitia dudas. ¡El Nuevo Mundo habia sido descubierto! El miserable visionario, el desdeñado de los doctos, el rechazado por los monarcas, el peregrino de la tierra, el mendigo del convento de la Rábida, era el mas insignificante cosmógrafo, el gran almirante de los mares de Occidente, el virey de Indias, el mas envidiable y el mas esclarecido de los mortales. España y Europa se quedaron absortas, y para que en este extraordinario acontecimiento todo fuese singular, asombró á los sabios aun mas que á los ignorantes.

La unidad del globo ha comenzado á realizarse; la humanidad entera ha empezado á entrar en comunicacion. Ya se comprendió por qué habian sido inventadas la brújula y la imprenta; por que era menester hallar caminos seguros por entre las inmensidades del Océano para poner en relacion á los moradores

de remotísimas tierras, porque era necesario un medio rápido y fácil para transmitir y difundir los conocimientos humanos del mundo antiguo á los pobladores de las apartadísimas regiones del nuevo universo. Si más adelante el vapor acorta estas inmensas distancias; si andando el tiempo la electricidad las hace casi desaparecer, progresos serán del entendimiento humano, y en ello no hará sino cumplirse la ley providencial de la unidad, la ley del progresivo mejoramiento social. Mas no se olvide que á España se debió el que se pusieran por primera vez en contacto las razas humanas de los que entonces se llamaron dos mundos y no era sino uno solo. Si con el trascurso de los tiempos aquellas razas, entonces groseras é inciviles, se convierten en naciones cultas, y se emancipan, y progresan, y transmiten á su vez al viejo mundo nuevos gérmenes de civilización, no hará sino cumplirse la ley providencial que destina al género humano de todos los países á comunicarse recíprocamente sus adelantos, síntoma consolador y anuncio lisonjero de la fraternidad universal. Mas no por eso España pierde su derecho á que no se olvide que le pertenece la primicia de haber llevado el principio civilizador al Nuevo Mundo.

Repite Colon sus viajes y multiplica los descubrimientos. En cada expedición se desplazan á sus ojos ricas y vastísimas islas, estensísimas y fértiles regiones, cuyos límites ni conoce entonces él mismo, ni se-

rá dado á nadie saber en largos años. Todas estas inmensas posesiones vienen á acrecentar los dominios de la corona de Castilla; y España y sus reyes, en premio de su heroica perseverancia de ocho siglos, apenas ponen término á la obra de su emancipación y de su independencia se encuentran poseedores de multitud de provincias en otro hemisferio, cada una de las cuales es mayor que un gran reino. Nunca pueblo alguno llegó á merecer tanto, pero nunca pueblo alguno alcanzó galardón tan abundoso. Cuando se vuelve la vista á la monarquía encerrada en Covadonga y se la encuentra después dominando dos mundos, se siente estrecha la imaginación para abarcar tanto engrandecimiento. Ya no posee España aquellas vastas regiones: ¿qué importa? Los hijos que salen de la patria potestad, ¿dejarán por eso de ser la honra de los padres que les dieron el ser? Porque la codicia y la crueldad afearan después la obra de la conquista, ¿dejará de ser glorioso el hecho primitivo? Porque España no recogiera el fruto que debió de tan importantes adquisiciones, ¿habrá dejado de ser el suceso inmensamente provechoso á la humanidad?

El descubrimiento de América hubiera bastado por sí solo para hacer entrar á la sociedad entera, y señaladamente á España, en un nuevo desarrollo y en un nuevo período de su vida. Por sí solo hubiera hecho la transición de la edad media á la edad moderna, aunque tantos otros sucesos no hubieran coopera-

do en el último tercio del siglo XV. y en el primero del XVI., á obrar una revolucion radical en las ideas, en la política, en el comercio, en las artes, en la propiedad, en las necesidades y en las costumbres.

## IV.

Hasta aqui lo que en este reinado ha adquirido España ha sido para acrecentar la corona de Castilla aunque ganado con el auxilio del rey de Aragon como esposo de Isabel. Ahora le toca á la corona de Aragon ensancharse y estenderse, aunque con auxilio de la reina de Castilla como esposa de Fernando. La armonía de los régios consortes trae el acrecentamiento de las dos monarquías. Isabel ha acreditado ser la mejor reina del mundo, y Fernando va á acreditar que es el monarca mas político de Europa.

En mal hora concibió el ligero y aturdido Carlos VIII. de Francia el imprudente proyecto de hacerse soberano de Nápoles, donde reinaba hacia medio siglo la rama bastarda de los monarcas de Aragon. El político Fernando, con mejor derecho que él á la corona y con ánimo de reclamarla á su tiempo, le deja que se precipite. Por de pronto Carlos, para tenerle amigo, restituye á la corona de Aragon los importantes condados de Rosellon y Cerdaña, ricas agregaciones que sus mayores habian disputado con encarnizamiento. Fernando las recibe, y deja al fran-

cés que cruce los Alpes, que asuste á los débiles y desunidos príncipes italianos, que se apodere de Nápoles sin plantar una tienda ni romper una lanza, que se saborée por unos dias con el pomposo título de rey de Sicilia y de Jerusalem, que sueñe en llamarse emperador de Constantinopla; y cuando el caballeroso conquistador se halla entregado á los placeres de la gloria y á los deleites del cuerpo, se encuentra cogido en una gran red tendida en silencio por el astuto Fernando. El aragonés habia preparado contra él con admirable sigilo la famosa liga de Venecia, primera confederacion de los príncipes de Europa para su defensa comun, principio del sistema de mantenimiento del equilibrio europeo, y uno de los síntomas mas característicos de la nueva política de la edad moderna. El insensato Carlos, rey de Nápoles una semana, al verse amenazado por el poder reunido de España, de Austria, de Roma, de Venecia y de Milan, apenas tuvo tiempo para repasar los Alpes con la mitad de su ejército, dejando la otra mitad comprometida en Italia, para proporcionar á Gonzalo de Córdoba aquella série de gloriosos triunfos que le valieron el merecido título de Gran Capitan. Los franceses son totalmente espulsados de Italia, las armas españolas que vencieron en Granada han asombrado á Europa, Gonzalo vuelve á España con un nombre que no habia alcanzado ningun guerrero del mundo, y Fernando ha ganado fama de ser el soberano mas político y sagaz de su tiempo.

Al ver al rey de Aragon colocar en el trono de Nápoles sucesivamente á sus dos primos Fernando y Fadrique, aparecia un generoso protector de sus parientes bastardos, y sin embargo, estaba firmemente resuelto á reclamar para sí aquella herencia como representante de la línea legítima de la casa de Aragon. Pero el astuto político estudia la situacion de Europa, conoce los inconvenientes y peligros de emplear la violencia, y espera sin impacientarse, en la confianza de realizar su pensamiento por medios mas lentos, pero mas seguros. Es la diplomacia que empieza á reemplazar á la fuerza. Deja que Luis XII. de Francia, sucesor de Carlos VIII. y heredero de sus ambiciosos proyectos sobre Italia, penetre con grande ejército en Lombardía, se apodere de Milan y amenace á Nápoles. Deja que el desgraciado Felipe de Nápoles se vea reducido á la desesperada situacion de invocar el auxilio de los turcos contra el francés. Ya tiene Fernando un pretexto legal, un colorido cristiano y religioso con que perder á su pariente, á quien de intento no se ha comprometido á sostener, y para atajar los progresos del rey de Francia finge halagarle proponiéndole repartirse entre los dos el reino de Nápoles en iguales porciones. El francés se creyó aventajado en este repartimiento, y se dejó envolver en otra red por el de Aragon como su antecesor Carlos VIII. Fernando dejaba á Luis los riesgos de la conquista y la parte odiosa del despojo y él se reserva-

ba el fruto para mas adelante. Para eso enviaba á Gonzalo de Córdoba con la flor de los guerreros castellanos á Sicilia, so pretexto de destinarlos á combatir á los turcos en defensa de Venecia. Luis se deja deslumbrar por el título de rey de Nápoles, y Fernando, contento con la modesta denominacion de duque de Calabria, adormece á su rival para mejor vencerle.

El tratado de particion de Nápoles fué el pacto mas injusto, mas inmoral y mas hipócrita con que se inauguró la moderna diplomacia que enseñaba Maquiavelo y practicaban ya sin necesidad de sus lecciones los príncipes. ¿Pero será justo atribuir toda la inmoralidad de esta política á Fernando de Aragon? Nada seria mas infundado. Fernando no hizo sino ganar en astucia á Luis, que á su vez creia ser el engañador de su rival. Los derechos del español al reino de Nápoles eran incontestablemente mas fundados que los del francés, y si en éste eran igualmente vituperables los medios y el fin, al menos en aquel eran solamente reprecensibles los medios. La política ladina no era ciertamente lo que mas escandalizaba ya en Italia, y el mismo pontífice no halló la conducta de los dos reyes tan abominable, cuando á ambos les dió la investidura de la parte que cada cuál se habia adjudicado. Consuela sobre todo hallar á la reina Isabel completamente agena á toda la parte odiosa de estos hechos, pues por un tácito convenio entre los dos es-

posos, la política y la dirección de estas guerras estaban reservadas á Fernando, Isabel no intervenia sino en la administracion, en los recursos, en la eleccion de los buenos capitanes.

Bien conocian todos, y de ello estaban mas que nadie penetrados los autores mismos del convenio, que el tratado de particion de Nápoles no podia ser sino un gérmen de nuevas discordias y guerras, pero cada cuál esperaba sacar mañosamente de ellas el mejor partido para llegar á la total y definitiva posesion de aquel reino. Fernando de Aragon fiaba, aun mas que en su destreza política, en la invencible espada del Gran Gonzalo. No le salió su cálculo fallido. Una cuestión sobre pertenencia del territorio repartido enciende de nuevo la guerra entre franceses y españoles, provocada y declarada por los primeros. Y el Gran Capitan, despues de haber restituido á Venecia la plaza de Cefalonia ganada por él á los turcos, y de haber hecho prisionero en Tarento al duque de Calabria, último príncipe de la destronada dinastía de Nápoles, detiene con un puñado de españoles todo el ímpetu y todo el poder de los franceses en Italia. Encerrado en los viejos muros de Barletta, sé estrellan en él todas las fuerzas de la Francia, como las bravas olas del mar en una roca inamovible. Sale de aquel recinto, y los desconcierta con la sorpresa de Ruvo. Recibe un pequeño refuerzo y los destruye en Ceriñola. Marcha sobre Nápoles y proclama á Fer-

nando II. de Aragon solo y legítimo soberano, como solo y legítimo heredero del reino conquistado por Alfonso V. España, dueña de las Indias Occidentales por la ciencia de Colon y por la grandeza de Isabel, debe la posesion de un gran reino en la Europa Oriental á la política sagaz de Fernando y al talento bélico y al brazo invencible de Fernando de Córdoba.

La Italia se postró admirada ante el sagaz conquistador. A un mismo tiempo supo Luis XII. que le habia sido arrebatada de entre las manos su bella corona de Nápoles, y que de sus generales el duque de Nemours y Chandieu habian muerto, Chabannes y D'Aubigni estaban en poder del enemigo, Ivo de Alegre y Luis de Ars refugiados en Gaeta y Venosa, y ardiendo en cólera contra Fernando exclamó: «Dos veces me ha engañado ese fementido!—Miente el bellaco, replicó al saberlo el aragonés, que le he burlado mas de diez veces.»

En uno de esos arranques de indignacion y de patriotismo que suelen tener las naciones pundonorosas cuando se sienten ultrajadas, la Francia echa el resto para lavar la afrenta nacional y la humillacion de su rey, y levanta como por encanto tres grandes ejércitos y dos respetables armadas, y los arroja simultáneamente sobre Guipúzcoa, sobre Rosellon y sobre Italia. Pero el primero se deshace como el hielo á los ardores del sol antes de cruzar el Pirineo. Contra el segundo desplagan Isabel y Fernando, la una su ac-

tividad administrativa, el otro su energía de guerrero. Castilla y Aragon pelean ya como una nacion sola, y los franceses son rechazados de Salsas y perseguidos por la espada de Fernando hasta Narbona, mientras una borrasca inutiliza su flota de Marsella. Libre la península española, las dos naciones rivales vuelven á medir sus fuerzas en los bellos campos de la desgraciada península italiana. Poca gente tiene allí España; pero no importa, está allí el Gran Gonzalo. El que una vez habia quebrantado el poder de la Francia con estarse quieto en Barletta, le vuelve á quebrantar con permanecer inmóvil en los pantanos de Minturna. Gonzalo enseña á sus soldados que se puede vencer sin pelear. Gonzalo enseña al mundo que la paciencia puede ser la victoria, y le enseña tambien hasta dónde raya el sufrimiento del soldado español. El Gran Capitan comprende que debe luchar primero contra los elementos, si ha de vencer despues á los hombres. No conocemos figura de guerrero mas digna, mas impasible, mas imponente que la de Gonzalo de Córdoba en las lagunas del Garillano. Cuando Gonzalo se decide á sacar á sus pocos españoles de aquellos cenagosos lodazales, es para rematar con la espada al enemigo que habia quebrantado con la paciencia. La obra de las lagunas de Minturna se acaba en las alturas del monte Orlando. La Francia queda otra vez humillada: el temerario y orgulloso Luis XII. sucumbe á firmar la paz de Lyon, y re-

conoce á Fernando de Aragon por rey de Nápoles; y la magnánima Isabel de Castilla muere aquel año agobiada de pesares domésticos, pero con la satisfaccion de dejar á su esposo y á sus hijos una corona mas, ganada por su predilecto amigo Gonzalo Fernandez de Córdoba.

## V.

Una reina privada de razon y un príncipe escaso de juicio suceden á la reina mas discreta y mas sensata que ha ocupado el trono de Castilla. Felizmente el reinado de Juana y de Felipe pasa como una sombra fugaz, sin que sirva sino para que los castellanos conozcan y lamenten mas lo que han perdido con Isabel y para que aprendan á apreciar mejor lo que al menos les ha quedado con Fernando.

Nombrado regente de Castilla el rey de Aragon mientras él ha pasado á Italia á organizar el gobierno de Nápoles, hace desear su presencia á los castellanos para mejor subyugar despues á los magnates que se le han mostrado adversos. Dueño de Castilla como regente de este reino, y de Sicilia y Nápoles como rey de Aragon, hace de España la nacion mas poderosa de Europa, y sigue siendo el alma de la política europea: política egoista, dolosa y faláz como era la de aquel tiempo, en que nadie obraba de buena fé; y en que salia mas ganancioso el que era mas